



MARÉCHAL, SYLVAIN

Diccionario de ateos

Pamplona: Laetoti. 2013

(Publicado originalmente en Paris en 1799)

Dios debe su existencia a un malentendido, sólo existe por el embrujo de la palabra.

DISCURSO PRELIMINAR O RESPUESTA A LA PREGUNTA ¿QUÉ ES UN ATEO?

“Un ateo es aquel que, vuelto hacia sí mismo, se desprende de los lazos que le han impuesto a sus espaldas o contra de su voluntad y se remonta por encima de la civilización hasta aquel estado primitivo de la especie humana y, limpiando su fuero interno de toda clase de prejuicios, se acerca todo lo posible a esa época afortunada en la que no sospechaba que pudiera existir Dios, en la que se encontraba a gusto y se contentaba con atender únicamente a los deberes impuestos por la familia. Un ateo es un hombre de la naturaleza, el hombre natural”. (Págs. 10-11)

¿Por qué tenéis altares y no buenas costumbres? ¿Por qué hay tantos curas y tan poca gente honrada? (Pág. 14)

"El verdadero ateo no es, pues, un sibarita que se hace pasar por epicúreo cuando, en realidad, no es más que un vicioso cuyo desgastado corazón le susurra: 'Como no hay Dios, tampoco hay moral, por lo que puedo permitírmelo todo'.

El verdadero ateo no es el hombre de Estado conocedor de que la quimera divina surgió para oprimir a la plebe y que, por ello, hace que la gente le obedezca en nombre de Dios que le importa menos que nada.

El verdadero ateo no milita tampoco en las filas de esos héroes hipócritas y sanguinarios que, para no levantar sospechas de sus verdaderas intenciones, se presentan ante los pueblos que desean domeñar como protectores del culto que profesan, mientras se ríen, entre los suyos, de la credulidad humana.

El verdadero ateo no es en absoluto ese hombre vil que, apolillado durante muchos años por el carácter indeleble del impostor sacerdotal, cambia de chaqueta y de opinión cuando ese oficio infame deja de ser lucrativo, para poder así alinearse en el campo de los sabios que estuvo persiguiendo.

El verdadero ateo no es el energúmeno que destruye los símbolos religiosos en los cruces de caminos y predica el culto de la razón a una plebe que sólo obedece a sus instintos.

El verdadero ateo no es el *hombre de mundo* ni el individuo que es *como hay que ser*, sujetos ambos que, por darse tono, desprecian el uso del pensamiento y viven como el caballo que montan o la mujer a la que mantienen.

El verdadero ateo no se sienta en las poltronas de las sociedades de sabios cuyos miembros mantienen confinada su conciencia en un engaño permanente mientras disimulan su verdadera forma de pensar, con lo que retraen el avance solemne de la filosofía por una mera cuestión de interés personal o por despreciables consideraciones políticas.

El verdadero ateo no es una especie de sabio ahíto de soberbia que no quisiera que hubiese en el mundo más ateo que él y que dejaría de serlo en cuanto lo fuera la mayoría. El afán por singularizarse constituye su única filosofía mientras que el amor propio es su dios. Si pudiera, se guardaría para él las luces, convencido como está que nadie más las merece.

El verdadero ateo no es tampoco un filósofo timorato y carente de energía que se avergüenza de su opiniones como si fueran malos pensamientos y que, en última instancia, resulta un amigo de la verdad tan cobarde que la comprometerá antes de que ella pueda comprometerlo. Suele frecuentar el templo para alejar de sí la posibilidad de que puedan tomarlo por impío. Egoísta circunspecto y pusilánime hasta la exageración, encuentra siempre prematuro el momento de extirpar los perjuicios más rancios y teme más a los hombres que a Dios. Mientras pueda vivir tranquilo y a resguardo, no le importa que sus congéneres se maten en guerras religiosas y civiles.

El verdadero ateo tampoco es el físico sistemático que sólo rechaza a Dios para alcanzar la gloria de construir el mundo a su guisa sin utilizar otro recurso que su imaginativa.

El verdadero ateo no es tanto aquel que dice '¡No, no ningún Dios!', como aquel que dice: '¡Puedo ser virtuoso sin necesidad de Dios!'.

El verdadero ateo no es el que argumenta con más astucia contra la existencia divina, sino todo lo contrario: se trata de alguien a quien le pondrían en aprietos hasta los teólogos menos preparados si, llegado el caso, se enzarzaran en una discusión, pero entonces les diría con total sencillez: '¡Señores doctores!, ¿hay Dios en el cielo?' Pues bien, para mí esa pregunta tiene la misma importancia que esta otra: ¿hay animales en la luna? Os resumiré mi credo en una sola línea, queridos doctores: 'Tengo tanta necesidad de Dios como él de mí'. (Págs. 11-12)

"Lo que llamamos *dios* está muy lejos del hombre, mi vista es demasiado corta para llegar hasta allí. Resulta imposible entenderse mediando tanta distancia.

Por otra parte, tengo al alcance de mi mano cuanto necesito: derechos que ejercer, deberes que cumplir y satisfacciones resultantes del ejercicio de mis derechos y deberes. Los más tiernos afectos de mi corazón y las más dulces ilusiones de mi espíritu hallan alimento bastante en las cosas que me rodean o que se encuentran dentro de mí. No tengo tiempo que perder. Cada etapa de mi existencia me ofrece sobradamente objetos con los que contentarme. Al nacer pude disponer del seno de mi madre, de joven me precipité en los brazos de quien era otro yo femenino, mientras que en la madurez he podido gozar de la compañía de un amigo, en tanto que en la vejez, mis hijos me devolverán los cuidados que les di.

Rodeado de mis parientes, por mi mujer y mis hijos y por mi buen amigo, ¿qué lugar queda para dios? Dios no tiene nada que hacer en el seno de una familia unida. No, no parece que dios sea necesario, por lo que ni los buenos hijos ni los buenos maridos o los buenos padres de familia lo echan en falta. (Pág. 13)

"El ateo que lo es intelectualmente sabe que las distinciones sociales y los placeres groseros, que tanto persigue y envidia la mayoría de los hombres, no son nada. Asiduo observador y advertido amigo de la naturaleza, sólo deja que alimenten su espíritu los objetos verdaderamente importantes". (...) "Entre una población de cien mil individuos no habrá más allá de cincuenta que hayan razonado sus creencias; el resto se ha limitado a aceptarlas porque así se lo han aconsejado". (Pág. 18)

"Dios debe su existencia a un malentendido, sólo existe por el embrujo de la palabra". (...) "Unas pocas palabras mágicas han bastado para crear cultos y organizar revoluciones. Y esto no puede volver a ocurrir". (Pág. 24)

"Tenéis a vuestra disposición dos libros abiertos, el de la naturaleza y el de vuestro corazón. Fijaos bien en lo mezquino y lastimoso, en lo vago e incierto que resulta cualquier estudio comparado con el que tiene por objeto el corazón y la naturaleza. Ambas cosas son las únicas reales y útiles, las únicas buenas y bellas. Entregaos enteramente a los frutos de la observación y de la experiencia, así como a la dulzura que suponen los sentimientos de recíproca generosidad. Poned en paralelo los trabajos agrícolas y los deberes familiares con todo cuanto se ha dicho sobre Dios y sobre la diplomacia, así como con todo cuanto se haya hecho en ambos campos, y veréis cómo el metafísico profundo que se marchita en su estudio polvoriento escribiendo libros sobre otros libros, no es más que un ser raquítico y miserable frente al ateo que ejerce sus facultades intelectuales y físicas bajo la mirada de la naturaleza, al par que disfruta con energía de los placeres más puros que dimanan de un sano planteamiento. Veréis asimismo cómo un grave publicista no es más que un ridículo personaje frente al laborioso padre de familia que cuenta con el buen juicio de limitarse a ser lo que se atiene a las únicas luces posibles: las del sentido común. Porque, antes o después, el hombre tiene que llegar a eso. (Pag25)

“¡Razonadores inconsecuentes y de mala fe, responded!

¿Acaso el ateísmo reinaba en las cortes de los últimos reyes, a saber, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI?

¿Era el ateísmo el que gobernaba en una Convención dirigida por cierto Robespierre, martillo de ateos?

¿Es el ateísmo el que fundó la Inquisición, el que sembró América de cadáveres, el que ordenó la Noche de san Bartolomé y el que ha cometido toda clase de atropellos en la Vendée?

¿Es una coalición de ateos la de testas coronadas que están sometiendo a toda Europa a la plaga de una guerra de exterminio?

¿Eran ateos santo Domingo, Carlos IX o María de Médicis? ¿Lo eran Fernando (el católico), Jorge III, Francisco II y Pablo I? ¿Pitt y Maury también lo son? ¿Lo son acaso los emigrantes que vuelven la espada contra el seno de su madre patria francesa? (Págs. 19-20)

Termino este discurso ya demasiado largo, sobre un tema que no necesita apología alguna resumiendo las respuestas que he dado a la pregunta: *¿qué es un ateo?*

El verdadero ateo es un filósofo modesto y tranquilo que no quiere hacer ruido porque no le gusta, y que no exhibe sus principios con pueril ostentación, ya que el ateísmo es la cosa más simple y natural del mundo.

Sin entrar en disputas en favor o en contra de la existencia divina, el ateo sigue su camino y hace por sí mismo lo que otros hacen por su dios. Practica la virtud no para estar a bien con la divinidad sino para estarlo consigo mismo.

El ateo tiene que guardar el único tesoro que posee, su honor. Un hombre que se respete sabe perfectamente lo que puede permitirse y lo que tiene que defender y se avergonzaría si tuviese que seguir un modelo determinado o pedir consejo al respecto.

El ateo es un hombre de honor. Protestaría si le obligaran a admitir que las buenas obras que realiza por sí mismo y en su propio nombre las debe a dios. No le gusta que lo impulsen a hacer el bien ni le disuadan de hacer el mal; hace el bien y evita el mal por su propia voluntad y se puede confiar en él.

¡Cuántas buenas acciones no habrán sido atribuidas a dios cuando en el origen de las mismas no estuvo sino el corazón del gran hombre que las llevó a cabo!

Un ateo obra desinteresadamente. Está perfectamente al corriente de que hay derechos y deberes, pero ejerce los primeros sin soberbia y cumple los segundos sin que lo fuercen. Tiene por únicas divinidades el orden y la justicia y sólo a ellas les ofrece sacrificios que brotan de la libertad. (Págs. 30-31)